

Antología de Córdoba

La Mezquita Catedral

Pocas catedrales hay en España que no hayan reemplazado a una antigua mezquita, heredera a su vez de un templo antiguo o de una iglesia visigoda. Pero ¿cual de estas catedrales iguala la teatral mutación de la de Córdoba, donde una maravillosa iglesia del Renacimiento estalla como una triunfal música y chorrea luz y gloria entre las sombras y las delicias del palmeral moro?

Luis Gillet

«La Catedral viva».

* * *

El Museo Romero de Torres

El Museo Romero de Torres es más íntimo que ningún otro, más henchido del recuerdo evocativo de su vida. Allí nació y allí murió. Allí permanecen la viuda, los hermanos, el hijo, custodios y donantes de cuanto él dejara. Allí el museo donde aprendió a ver pintura; allí lo que fué estudio del padre y luego de él.

Pocos lugares podrán ofrecerse al deleite sentimental y estético de un catador de emociones como este recinto de arte situado en la plaza del Potro, corazón de Córdoba. Un museo antiguo, un museo moderno—donde hay obras de Regoyos, Iturrino, Rusiñol, Inurria, Julio Antonio—; el estudio de Romero de Torres, donde en torno al original de la poesía famosa de Bécquer «Hoy creo en Dios», se acumulan los retratos de las bellas de veinticinco años de vida madrileña, y, finalmente, el Museo de Julio Romero, con sus cuadros últimos y con una trasposición del estudio del artista en Madrid. Aquel estudio de la calle de Pelayo, que tantos y tantos conocíamos, y donde en los crepúsculos, cuando la luz se iba, el maestro cogía la guitarra y cantaba las coplas hondas, como los ojos negros de sus mujeres, que parecen sonar también con el inconfundible acento cordobés...

José Francés

(«Los museos personales», «El Alcázar», Madrid, 28 julio 1950).

* * *

Córdoba en la poesía de Federico García Lorca

Pocas ciudades imprimieron su alma en la poesía española contemporánea tan hondamente ni con tan enérgica personalidad

como Córdoba. Un andaluz universal como fué Lorca, tenía que gozar el privilegio poético de «decir» a Córdoba. Lorca, enamorado de todo lo genuinamente andaluz, corazón y fantasía genialmente abiertos al cante, al paisaje, a lo castizo, realizó en las letras españolas una labor similar a la llevada a cabo por Falla en la música; el arte fué en ambos un maravilloso crisol de donde salió purificado y reducido a su oro esencial el folklore andaluz: en ellos el cante jondo se universaliza e infunde a la admirable substancia de sus obras: ellos nos dan una lección magistral de cómo la obra de arte más refinadamente aristocrática puede surgir del agua fresca, luminosa, de lo popular. Comparemos el Amor brujo o El Sombrero de tres picos con el Romancero gitano y sorprenderemos en ambos la misma calidad, el mismo acento dramático, el mismo ángel, la misma Andalucía. Y si Falla compone en las ermitas de la Sierra de Córdoba, Federico escribe un magnífico romance cordobés, el de San Rafael.

Es imposible decantar del vago seno de la música una significación única y decisiva de Córdoba: en la de Falla, como en la de Albéniz, es presencia pura sin determinación dominante. En cambio, en la obra de Lorca, y desde la Canción de Girete, muéstrase Córdoba fundamentalmente como un juanrramoniano imposible lírico: Es belleza, dicha, amor inalcanzables, ideal paraíso defendido contra toda profana incursión por doble muralla de soledad y lejanía desde cuyos torreones fatídicos, fiel arquero, la muerte, nos acecha:

«La muerte me está esperando...»

Muchos creen que el famoso dictado de «Córdoba lejana y sola» expresa circunstancias especiales como si la poesía fuera un lenguaje de tejas abajo. Lejana y sola siente el poeta a Córdoba, y fué preciso que anclara entrañablemente en ella para poder luego, desde ella misma, interpretarla como soledad y lejanía, atributos capitales de una ciudad del espíritu que está trascendiendo de sí misma hacia una «celesta Córdoba enjuta».

Para Lorca, Córdoba, es algo siempre inasible y remoto: es alta, íntima soledad. Su nombre su historia, su arte y su música, brotando de esta Córdoba material tienen la virtud de trasportarnos a una Córdoba que es ensueño, poesía, sentimiento.

A estos atributos hay que sumar otro que cierra el triángulo trágico de esta Córdoba lorqueña tan ideal y sin embargo tan

arraigada a las entrañas de la materia y de la traición: Cuando en uno de los Poemas Póstumos canta:

«Sevilla para herir
Córdoba para morir...»

o cuando en el «Gráfico de la Petenera» nos dice el fúnebre andante andaluz: «Córdoba tiene olivos para poner cien cruces» o en el nocturno cordobés nos describe el velatorio de una virgen gitana entrevisto de paso a través de una reja, mientras las gentes enlutadas van por la calle

«con las guitarras abiertas...»

Lorca nos pinta a Córdoba con negros y platas que tanto evocan al mármol clásico del último baño del filósofo, como los alamares y rasos de un traje de luces, la noche y el argento del catafalco o la insomne nostalgia de la media luna errando en torno a su mezquita.

Pero en todos estos elementos late sombría y tensa tragedia: son voz del hombre universal porque expresan el supremo misterio y la suprema angustia de la muerte, obsesión continua del poeta. Así Córdoba se eleva a símbolo de algo por naturaleza trascendente para todos los hombres y recobra en la poesía de Lorca una altitud trágica universal que no había tenido desde la época de Séneca.

Ricardo Molina

* * *

Combate a sonetos entre Góngora, Lope y Quevedo

No se mordían la lengua estos tres genios de la literatura, Lope y Quevedo, que se tiraron más de una estocada literaria y personal, coincidieron en su aversión a lo gongorino o culterano. Y don Luis les correspondía cordialmente. He aquí al cordobés tirándose a fondo contra los «apasionados por Lope de Vega»:

Patos de la aguachirle castellana,
que de su rudo origen fácil riega
y tal vez dulce inunda nuestra Vega,
con razón Vega por lo siempre llana:
pisad graznando la corriente cana
del antiguo idioma, y, turba lega,

las ondas acusad, cuantas os niega
ático estilo, erudición romana.

Los cisnes venerad cultos, no aquellos
que escuchan su canoro fin los ríos;
aquellos sí, que de su docta espuma
vistió Aganipe. ¿Huis? No ¿quereis vellos,
palustres aves? Vuestra vulgar pluma
no borre, no, más charcos. ¡Zambullíos!

A lo que contestaba Lope con este otro soneto:

Livio, yo siempre fuí vuestro devoto,
nunca a la fe de la amistad perjuro;
vos en amor como en los versos duro,
teneis el lazo a consonantes roto.

Si vos imperceptible, si remoto,
yo blando, fácil, elegante y puro,
tan claro escribo como vos oscuro;
la vega es llana e intrincado el soto.

También yo soy el ornamento amigo
sólo en los tropos imposibles paro,
y deste error mis números desligo;

En la sentencia sólida reparo,
porque dejen la pluma y el castigo
oscuro el borrador y el verso claro.

Por su parte, Quevedo, maltratado por Góngora, le apuñala con no menos de quince sonetos y letrillas en las que vierte ingenio, bilis e insultos horrendos:

Poeta de ¡*Oh, qué lindico!*
verdugo de los vocablos,
que a puras vueltas de cuerda
les haces que digan algo,

Vuestros coplones, cordobés sonado,
sátiras de mis prendas y despojos,
en diversos legajos y manojos
mis servidores me los han mostrado.

Buenos deben de ser, pues han pasado
por tantas manos y por tantos ojos,
aunque sólo me enfada en mil enojos
ver que cosa tan sucia haya limpiado.

Y adelantándose a la muerte del cordobés le hace este epitafio;

Fuése con Satanás, culto y pelado
¡mirad si Satanás es desdichado!

En cambio, Lope de Vega le dedica uno de sus más sentidos sonetos;

Despierta ¡oh Betis! la dormida plata
y, coronado de ciprés, inunda
la docta patria, en Sénecas fecunda
todo el cristal en lágrimas desata;
repite soledades, y dilata
por campos de dolor vena profunda,
única luz, que no dejó segunda;
al polifemo ingenio Atropos mata.

Góngora ya la parte restituye
mortal al tiempo, ya la culta lira
en cláusula final la voz incluye.

Ya muere y vive: que esta sacra pira
tan inmortal honor le constituye
que nace fénix donde cisne expira.

Crónica académica

En la sesión del 20 de enero de 1951 don Rafael Castejón presentó y comentó la *Crónica anónima de Abderrahman al Násir*, traducida por Levi Provençal y García Gómez, que acaba de publicarse.

—El 2 de abril pronunció una conferencia pública en la Academia, el Correspondiente en Madrid don Rafael Narbona, sobre el tema *Como produce el novelista sus personajes y las influencias que determinan*.

—El 7 de abril y sesiones consecutivas da lectura don Rafael Aguilar Priego al comienzo de sus trabajos de investigación sobre la historia de nuestra Academia. Don Daniel Aguilera presenta su reciente libro sobre la *Inmaculada y Córdoba*.

—El 14 de abril leyó don José Luis Fernández Castillejo un trabajo sobre *Derecho hebráico*.

—El 19 de mayo, don Rafael Gálvez, presentó el folleto titulado *El H. Sebastián de Escabias S. I., autor desconocido de los*